

Francisco Santana

El Movimiento Literario de 1842

A Domingo Melfi



L resurgimiento intelectual de 1842 es, sin duda, el suceso más importante del desarrollo de nuestras letras.

En este período nace una verdadera generación literaria y política. Jóvenes, la mayoría estaban destinados a ocupar, más tarde, puestos brillantes, tanto en la política como en las letras nacionales.

El nacimiento de las aspiraciones literarias de 1842 era el resultado de la paz interna, de la época de conciliación, de tolerancia y resurgimiento económico. Habían terminado las polémicas ofensivas y ultrajantes en que el periodismo se había ocupado hasta entonces. También ha de haber contribuido a este eficaz pronunciamiento de cultura, las enseñanzas que hacía desde su Liceo de Chile don José Joaquín de Mora o con sus polémicas y estudios literarios; y a la difusión de conocimientos que hacía desde la Universidad o desde la prensa don Andrés Bello o con sus conversaciones en que procuraba despertar la afición a la literatura. Y como causa inicial, las críticas severas e irónicas de los emigrados argentinos, promoviendo largas polémicas por la prensa, especialmente don Domingo Faustino Sarmiento que, desde «El Mer-

curio», fué el primero en abrir campo a la discusión de estudios, tanto críticos, históricos como literarios.

También se debe tomar en cuenta y atribuir su influencia en el movimiento literario, a las publicaciones de los periódicos el «Museo de Ambas Américas» y la «Revista de Valparaíso». Sin embargo, se ha visto por otra parte que, esta última, a pesar de tratar materias principalmente literarias, no tenían las condiciones para ejercer tales influencias, pues este periódico tuvo muy escasa circulación y corta vida. En cuanto a la revista o periódico el «Museo de Ambas Américas» que se publicaba semanalmente, estaba destinado a fomentar la cultura, pero las materias que trataba eran particularmente para los pueblos americanos, y sus artículos tenían poca referencia con las cosas de Chile.

Se ha visto que la aparición de los primeros síntomas del movimiento intelectual nacen junto a la publicación de estos periódicos y que es una simple coincidencia, gracias al estado favorable del espíritu que buscaba nuevos ideales y horizontes de cultura.

Igualmente pueden tomarse en cuenta las primeras librerías que se instalaron en el país y que influyeron en parte, en el desarrollo literario y cultural de la época.

Debemos hacer notar que, antes de fundarse las primeras librerías (1840) las obras que se introducían del extranjero se expendían en los almacenes comerciales, como los demás artículos de consumo que la industria de naciones más adelantada nos enviaba al país. Puede verse de este modo que la circulación de los libros estaba muy atrasada y el gusto por la lectura vino a manifestarse a raíz de la fundación de la Sociedad Literaria y de la publicación del «Semanao de Santiago».

Acaso las preocupaciones sociales, unidas a la ausencia del espíritu de mercantilismo, eran los obstáculos poderosos para

que no se generalizase el comercio de los libros. Vicuña Mackenna, se refiere a esta época en los términos siguientes: «El oscurantismo colonial arrastraba todavía su toga, como una densa niebla. Los diarios se publicaban sólo los días sábados, es decir, el día en que los lectores se afeitaban y cambiaban de camisa, y se vendían a *medio* el número en la esquina de Ramos, junto con el polvillo y la chancaca, y cuando no se vendían, servían para envolver la última, lo que era más usual y sabroso».

El pueblo sólo alimentaba su curiosidad o su anhelo de cultura con libros místicos llenos de terrores dantescos o de milagros divinos.

Los libros se exponían al desdén de los transeúntes en las tiendas o se rifaban al menudeo por boletos de suertes, o bien en las ferreterías, donde se mostraban sobre braseros de cobre. Los ciegos a las puertas de las iglesias y los comerciantes en sus almacenes de comestibles. Estos eran los lugares en que se vendían corrientemente los libros, tanto en Santiago como en Valparaíso.

Sólo en el año 40, don Santos Tornero se instaló con la primera librería pública en Valparaíso, y en Santiago fundó su Librería Española. De ésta se desprendieron la del Mercurio de Valparaíso y la de Santiago. Estas librerías son las primeras que han influido en el interés por la lectura y vulgarizado las ideas de avanzada de Hispanoamérica, desarrollando la vida intelectual de la época.

Se debe recordar que, en estos años, comenzaba nuestro pueblo a entusiasmarse con las tonificantes embriagueces de las victorias militares que obtenía nuestro ejército en la segunda campaña contra la Confederación Perú-Boliviana, circunstancias felices que debía levantar el orgullo nacional y ejercer en el espíritu una gran influencia; es una razón histórica que impulsó el despertar literario de 1842.

ESTADO SOCIAL Y POLÍTICO

Durante el primer quinquenio de la presidencia del General Bulnes, se sentían aún frescos los sucesos ocurridos bajo el decenio del Presidente Joaquín Prieto, la dictadura de Portales con su rígida autoridad y despotismo llevada como Ministro del Interior y de Guerra, el intento revolucionario de Freire que volvía del Perú para levantar un ejército con que derribar al Gobierno. Su fracaso. Su condenación a muerte que luego se conmutó por la pena de destierro. Su confinación junto a otros reos políticos a la Isla de Juan Fernández. Las continuas conspiraciones militares que se habían descubierto y los procesos que concluían con rigurosas condenas.

Frescos estaban los hechos bajo la tiranía de Portales. Las facultades extraordinarias, el estado de sitio para contener el espíritu de rebelión que los acechaba. La ley por la cual se indicaba la pena de muerte contra los reos políticos que no permanecieran en el lugar de su confinación. Los destierros, las numerosas ejecuciones. Estaba patente en el país el régimen de terror en que el ministro había degenerado en tirano. La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana en que el Presidente boliviano Andrés Santa Cruz, asumió la dirección de ambos países bajo el título de Protector de la Confederación Perú-Boliviana.

Se recordaba con satisfacción el apresamiento en el Callao de los buques de la marina peruana. Las negociaciones en favor del Gobierno chileno, y el regreso victorioso del Coronel Victorino Garrido. Después las manifestaciones de duelo y los pomposos funerales en la muerte de Portales.

La guerra que había decidido el ministro asesinado en Quillota se hizo popular con su muerte. El fracaso de la campaña contra la Confederación, dirigida por el Almirante Blanco Encalada que llenó de indignación general por el tratado

de Paucarpata. Después la victoria del ejército chileno a cargo del general Manuel Bulnes, cerca de la aldea de Yungay, en que Santa Cruz sufrió la más completa derrota, y de la que se salvó por la fuga. Esta batalla de Yungay acabó con el predominio de Santa Cruz y derribó para siempre la Confederación.

El general Bulnes hizo su entrada en Santiago, a la cabeza del ejército triunfador, en medio de las aclamaciones y regocijo del pueblo. Bulnes pasó a ser ídolo del país y el primer ciudadano de esos días. Finalizaba entonces el decenio del general Prieto. En la próxima elección presidencial la candidatura de Bulnes se hizo irresistible. Y el vencedor de Yungay fué elegido Presidente de la República.

Apenas elegido Bulnes, el país entero se entregó a francas manifestaciones de alegría. Se esperaba, y con razón, un período de apaciguamiento, de conciliación, y que concluyese especialmente con las persecuciones. Estaba el país cansado de los destierros y los vejámenes. Bulnes inspiraba no sólo respeto, sino confianza por su infatigable actividad, su prudencia y su astucia comprobada en acciones de guerra.

El pueblo no se engañaba. La situación de la República iba a gozar de tranquilidad durante su período presidencial. Puede decirse que desde el principio de la Revolución de la Independencia hasta ésta época, jamás se había tenido la paz, el orden y la esperanza de progreso en que se disfrutó durante su gobierno.

Se había hecho prometer por la prensa una ley de amnistía por los delitos políticos, para que permitiera regresar a la patria, a todos los chilenos que permanecieran en destierro. El mensaje fué enviado el 12 de octubre, con la firma del Presidente y, el 15 del mismo mes fué aprobado por la Cámara. La ley decía: «Se concede amnistía a todos los chilenos que se hallan actualmente en destierro, a consecuencias de

tentativas o hechos contra las autoridades o contra el orden público del Estado».

La situación de la República era entonces la más plácida y tranquila, porque hubiera pasado el país. Los estados de sitio, los golpes de autoridad, las facultades extraordinarias, los procesos políticos, las deportaciones parecían cosas del pasado. La prensa había perdido por completo la acritud y la pro-cacidad.

Se señalaba como placenteramente memorable el que los conservadores moderados que apoyaban a Bulnes y los liberales que aclamaban a Pinto, se diesen el abrazo de conciliación, declarando que el triunfo de Bulnes era el triunfo de todos.

Tanto la prensa como los documentos de carácter privado y confidencial, han dejado constancia de esta satisfactoria situación.

Se presentaba también cimentado el orden y tanta armonía que el Gobierno, dentro de la reconciliación general, encaminaba su desenvolvimiento orgánico e industrial en marcha moderada y progresiva.

El signo más evidente de este espíritu nuevo de la política era la designación para puestos administrativos importantes, a individuos gratos a la opinión pública, y que sobre todo no eran elegidos por un móvil estrecho de bandería. Esto traía el aplacamiento de los partidos y la satisfacción del país.

Al calor de la vida apacible, surge en la vida social de la época cierta expansión de los espíritus en busca de otros horizontes. Aparecen dentro del progreso material, dentro del orden y la paz, aspiraciones de cultura. Y entre las conversaciones sobre las grandes empresas industriales, de la colonización del sur de nuestro territorio y el de abrir caminos y canales, se hechan también los cimientos de asociaciones culturales. Nacen periódicos, se fundan sociedades literarias. Co-

mienza el desarrollo intelectual que se conoce en la historia de nuestras letras con el nombre de Movimiento Intelectual de 1842.

FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD Y OTRAS FACULTADES

La labor desarrollada por los maestros Mora y Bello en la enseñanza, ya se había hecho sentir con beneficio de las nuevas generaciones.

La acción de la Universidad, aunque menos intensa, también iba a ser uno de los factores en el progreso de la literatura.

El 19 de noviembre de 1842 se creó la Universidad de Chile, designándose como Rector al ilustre sabio don Andrés Bello y secretario general al poeta Salvador Sanfuentes. Cinco eran las Facultades y a cargo de un decano. De la de Medicina, se designó al médico francés don Lorenzo Sazié; de la de Humanidades, a don Miguel de la Barra; de la de Ciencias Físicas y Matemáticas, a don Andrés de Gorbea; de la de Leyes, a don Mariano Egaña; y de la de Teología, a don Valentín Valdivieso. Sin embargo, la Universidad, vino a inaugurarse el 17 de septiembre de 1843.

Y aquella Real Universidad de San Felipe, que incubaba una falange de pedantes, llenos de fórmulas vacías y de palabrería sonora, por orden del Gobierno cerraba sus puertas el 21 de julio de 1843.

En la inauguración de la Universidad, después del discurso del ministro Montt, leyó Bello una notable exposición del programa de trabajos de cada una de las facultades, dió en seguida Sanfuentes a conocer los temas de los certámenes literarios abiertos para el año siguiente y una salva de veintiún cañonazos disparados desde el cerro Santa Lucía, anunció a los habitantes de la capital que acababa de abrir sus puertas la Universidad de Chile.

Anteriormente, deseándose cimentar sobre sólidas bases la enseñanza pública, en 1842, se había creado la Escuela Normal de Preceptores, confiándole su dirección al ilustre proscrito que más tarde habría de ser Presidente de la República Argentina: Don Domingo Faustino Sarmiento. Mas no pararon aquí las medidas de progreso. A esta fundación, siguieron las de la Escuela de Agricultura, la de Artes y Oficios, la de Arquitectura, la de Bellas Artes, el Conservatorio Nacional de Música, etc.

También se instalaba en Santiago el primer Observatorio Astronómico. El sabio francés don Claudio Gay, después de una labor de diez años daba término a sus investigaciones científicas sobre la historia natural de Chile. El sabio francés Aimé Pissis levantaba la carta geográfica y hacía la descripción geológica y mineralógica de Chile. Agréguese a todas estas benéficas circunstancias la llegada de sabios, maestros, literatos, poetas y editores extranjeros. Esa falange distinguida formada por Lavaisse, Lozier, Domeyko, Rivadeneyra, Cicarelli, Dejardin, Phillippi, Minvielle, Rugendas, Monvoisin y otros que, junto con los emigrados argentinos colaboraron ya en la instrucción superior y primaria, como en la enseñanza práctica, artística y literaria. El impulso dado fué vigoroso. Es un factor que se debe considerar, pues el estímulo de estos extranjeros fué enorme, y a ellos se le debe la formación intelectual de muchos de nuestros primeros artistas y escritores.

EMIGRACIÓN ARGENTINA

Al inaugurarse la administración de Bulnes y, antes que regresaran a Chile los últimos proscritos de las pasadas contiendas civiles, llegaron a este país una numerosa inmigración de ciudadanos argentinos que venían huyendo de la feroz e implacable persecución del Presidente Juan Manuel Rosas.

A la llegada del distinguido grupo de emigrados argentinos,

parece que todas las fuerzas políticas y sociales se reunieron para favorecer al período más brillante de nuestras letras.

Lastarria, en sus «*Recuerdos Literarios*», anota sobre los escritores emigrados lo siguiente: «Los argentinos, en el trato familiar, vaciaban sin reservas todos sus juicios sobre la mezquindad de nuestra educación literaria, sobre el atraso de nuestros primeros literatos, sobre el imperio que todavía ejercían los hábitos, tradiciones y sentimientos de la antigua vida colonial. Las franquezas un poco grotescas de aquellos hombres de guerra le habían concitado la animaversión de todos los partidos de orden». Los argentinos, sin embargo, eran bien recibidos en la sociedad. Su ilustración, el desembarazo y elegancia de sus maneras y su habitual franqueza que contrastaba con la seriedad nacional daban a su trato personal cierto encanto». Así eran los argentinos dentro de nuestra sociedad y, en el campo literario, Lastarria dice: «Los argentinos, es cierto, no hacían misterio de su superioridad». Y todo el caudal que poseían lo dieron ya en el libro, en el diario o la conversación por la vida intelectual de nuestro país.

SARMIENTO

Don Domingo Faustino Sarmiento, que más tarde llegara a ser Presidente de la República Argentina, ha dejado un recuerdo perdurable como educador, publicista y diplomático. Sarmiento, dotado de un talento poderoso, fué un innovador en el apostolado de la educación de la juventud sudamericana. Llevado por sus deseos de difundir la cultura encaminó sus ideales hacia la literatura y la política. Como reformador de los sistemas de educación popular, se valió del libro y de la prensa. Fué el espíritu más revolucionario que se ha conocido en América. Después de haber realizado una meritoria obra en su patria, fué arrojado por la tiranía de Rosas. Llegó a Chile en 1841. Refugiado en Copiapó, tuvo el modesto puesto de

mayordomo de la mina Colorada del Mineral de Chañarillo, el más rico centro industrial de Atacama y del Pacífico durante esa época. Trasladado a Santiago, se encontró con Lastarria, quien le proporcionó algunos recursos, además de relacionarlo con el editor español don Manuel de Rivadencya que editaba «El Mercurio», de Valparaíso. Sarmiento publicó entonces su primer artículo escrito en Chile, relativo a la batalla de Chacabuco, que tuvo un gran éxito. De ésta manera comenzó su carrera de publicista entre nosotros. Después fué nombrado director de la Escuela Normal de Preceptores, para formar los primeros maestros que debían difundir la instrucción primaria en Chile. En este mismo año, se hizo cargo de la redacción de «El Mercurio», desde cuyas columnas inició una vigorosa campaña literaria, suscitando vivas polémicas con la intelectualidad chilena. En 1852, Sarmiento redactó el diario «El Progreso», de Santiago, y fundó el «Monitor de las Escuelas», primer periódico de pedagogía y educación en Chile. Entre las obras publicadas en nuestro país, está su «Facundo» que es la epopeya popular argentina. «Recuerdos de Provincia», libro autobiográfico. «La educación popular», sus «Memorias sobre Ortografía Americana» y sobre la Instrucción Primaria», además el Silabario y la «Conciencia de un niño». Fuera de estas obras publicó otras, todas en ediciones chilenas. Vuelto a su país, fué nombrado ministro Plenipotenciario, estuvo nuevamente en Chile, después en el Perú y Estados Unidos. Viajó luego por Europa y África. Al bajar del poder el general Mitre fué electo Presidente de la República. Su Gobierno fué de paz y progreso. Falleció en el Paraguay en 1888. La estada de don Domingo Faustino Sarmiento en nuestro país contribuyó de una manera eficaz en el florecimiento de las letras nacionales. Sea por las numerosas publicaciones de libros y folletos, como por su intensa labor periodística, Sarmiento se recuerda hasta hoy día con cariño y sobre todo porque fué el primero que

estimuló a los jóvenes chilenos que empezaban su carrera literaria.

LÓPEZ

Como Sarmiento, Vicente Fidel López, huyendo de la tiranía de Rosas, se estableció en Chile. En Valparaíso, redactó el periódico «La Revista de Valparaíso» en 1842, donde publicó artículos literarios, contribuyendo al movimiento intelectual de nuestras letras. Su estudio crítico «Clasicismo y Romanticismo», produjo una larga polémica literaria que levantó los ánimos de la juventud. Después continuó estimulando a los escritores, porque siguieran desarrollando el cultivo de las letras y la cultura del país.

Vicente Fidel López participó en el periodismo, asociado después con su compatriota Sarmiento, y luego se consagró a la enseñanza de la historia y la literatura en el Liceo que estableciera Sarmiento. Después fué llamado por la facultad de Filosofía y Humanidades para llenar la vacante que había dejado don Francisco Bello. Por encargo del Gobierno, preparó dos libros elementales que durante algunos años fué usado en las escuelas.

Por las polémicas sobre clásicos y románticos, López contribuyó al movimiento literario de 1842, y por su labor pedagógica desarrolló la enseñanza y la cultura chilenas.

ALBERDI

Junto a Sarmiento y López, Juan Bautista Alberdi, participa poderosamente en la caldeada atmósfera de las polémicas de la generación del 42. Después de haber publicado numerosos libros y haber fundado algunas revistas en su país, viaja por los pueblos sudamericanos y por Europa. Colabora en los diferentes diarios de cada país y publica algunos libros a su

paso. Gracias a su labor periodística, a su talento y larga carrera de pensador, forma parte como miembro correspondiente de varias sociedades y academias europeas.

En 1844 llega a nuestro país y se establece en Valparaíso, donde se dedica al periodismo. Enemistado con Sarmiento, publicó en contra de éste sus famosas «Cartas quillotanas». Da a luz una *Biografía del general don Manuel Bulnes* y numerosos panfletos y libros. Toma parte en las polémicas de argentinos y chilenos. En su calidad de periodista, su permanencia en Chile fué fructífera, tanto para el periodismo como para las letras. Alberdi, uno de los publicistas más eminentes de América, contribuyó, junto con Sarmiento y López, al progreso intelectual de nuestra patria.

GUTIÉRREZ

Como sus compatriotas argentinos, Juan María Gutiérrez fué un eminente publicista. Bajo la tiranía de Rosas sufrió prisiones, después, como desterrado, visitó varios países sudamericanos. En 1843 emprendió viaje a Europa, pasando por Italia, Suiza y Francia. Vuelto a América, pasó a Chile en 1844. En Valparaíso fué nombrado director de la Escuela Naval. Dió a la publicidad algunas obras originales, especialmente de poesías. El gran novelista francés Alejandro Dumas (padre) dijo de él que era el «feliz cantor de las glorias nacionales». En 1846 dió a luz su famosa obra de selección literaria, la *América poética* y el libro de lectura para las escuelas, *Lector americano*. En 1848 se radicó en Santiago, haciéndose cargo de la redacción del diario «La tribuna». En 1849 reimprimió el poema nacional «Arauco domado» e hizo la biografía de su autor, el poeta colonial Pedro de Oña; esto mereció el aplauso de todos los chilenos.

Fuera de las obras nombradas, Juan María Gutiérrez publicó numerosos libros que sería largo enumerar.

Así este emigrado argentino, junto con sus compatriotas, por sus diferentes publicaciones y estímulos, colaboró por el naciente despertar de la vida intelectual chilena.

Entre los emigrados argentinos ya citados, también hay que recordar a Miguel Piñero, que se hizo cargo de la redacción de «El Mercurio» en 1842, en cuyo puesto sucedió a Sarmiento y que continuó junto a Félix Frías, emigrado argentino también; es necesario mencionar a Bartolomé Mitre, que colaboró en «El Mercurio» y en «El Progreso» de Santiago, todos argentinos, todos perseguidos que emigraron a nuestro suelo y aportaron cada uno su caudal de cultura en favor de nuestra escasa vida intelectual.

LA «SOCIEDAD LITERARIA» DE 1842

Allá por el año 1828, un grupo de jóvenes se había reunido para formar una asociación literaria. Esto sucedía antes de la llegada de don José Joaquín de Mora, quien iba a participar en ella, y que se le ha considerado como promotor de su fundación. El 17 de marzo se hizo la primera reunión y se eligió una junta, compuesta del Intendente de la provincia don José Santiago Luco, don José Joaquín de Mora, don Diego Benavente y otros. El 26 de junio se inauguraba la Sociedad en los salones del Consulado que el Gobierno había cedido para las reuniones, La Sociedad de Lectura, así se denominaba, estaba destinada a difundir ideas y libros nuevos para ensanchar la escasa vida intelectual de la época. Esta Sociedad de Lectura es, quizás, la primera asociación de carácter literario que se había fundado anteriormente a la Sociedad Literaria de 1842. Mora dió para la Sociedad de Lectura un enorme caudal literario. La gran participación que le cupo en ella como director lo hacen aparecer como su fundador. Mora, recién llegado, con gran reputación en los círculos literarios, sobresalió muy pronto por su vastísima cultura. En la sociedad chilena

encontró una acogida en extremo favorable. En las tertulias se conquistó brillante situación. Mora, como mentor liberal y pedagogo, dejó un recuerdo perdurable en Chile, y además como polemista, escritor agudo y hombre de lucha. Mora tiene un recuerdo grato por su participación en la vida intelectual chilena, por su famoso Liceo de Chile y porque redactó nuestra primera Constitución de 1828.

La Sociedad de Lectura y el periódico «El Mercurio» de Chile, fundado por Mora, son los primeros intentos de difundir la vida literaria y los primeros en combatir, con gran espíritu nacionalista, la reacción en materia intelectual de esos años.

Ahora en 1842, junto al impulso dado a las industrias y al comercio, en este período de resurgimiento económico y político, bajo la tranquilidad y paz económica comienza el período brillante de las letras nacionales. Principian a destacarse en el escenario intelectual, hombres de temperamento ardiente y combativo, de visiones románticas, de programas utópicos, de sensibilidad artística.

Bajo el peso soñoliento y reaccionario de la vida de la capital, un grupo de estudiantes que hacían en el Instituto Nacional sus últimos estudios, organizaron una sociedad literaria. Buscaron para director a uno de sus más prestigiosos profesores, a don José Victorino Lastarria, que desde febrero de 1839 desempeñaba con lucimiento las clases de Legislación y Derecho de Gentes. Lastarria se había hecho notar por su gran espíritu liberal y por su elocuencia, que era rara en el profesorado. El 3 de mayo de 1842, cuando aquella sociedad contaba sólo con dos meses de existencia, celebró una solemne reunión, en que leyó un extenso y brillante discurso, para aplaudir el amor por la literatura, de que daba muestras la juventud y para recomendarle el estudio de los buenos modelos y sugerirles algunas observaciones respecto al cultivo de las letras. Este discurso, publicado en una esmerada edición por la imprenta

de don Manuel de Rivadeneyra, fué recibida por un desagradable silencio y, sin embargo, reproducido con elogio en otros pueblos sudamericanos. Este discurso le dió popularidad y brillantez a aquella asociación de estudiantes, que poco más tarde iba a ser el centro de la renovación de las ideas literarias y políticas. En realidad, de la Sociedad Literaria y, su periódico, «El Semanario de Santiago», surgió una falange de hombres de gran figuración en nuestra historia política y literaria. De este hogar intelectual, nacieron Antonio Varas, Salvador Sanfuentes, Manuel Antonio Tocornal, Aníbal Pinto, Antonio García Reyes, Jacinto Chacón, José Joaquín Vallejo, Francisco Bilbao, Santiago Linsay y muchos otros que sería largo enumerar.

El discurso pronunciado por Lastarria es un suceso de trascendencia, pues es el primer paso de independencia literaria en nuestra literatura. Es un programa completo de renovación, destinado a herir de muerte las tendencias reaccionarias, tanto en el campo de las letras, como en el de la política.

Vicente Fidel López lo recibió de la manera siguiente: «La publicación del discurso del señor Lastarria es, en esta República, algo más que la impresión de un escrito. Nosotros lo clasificamos como un *suceso social*, sin pretender rebajar en lo más mínimo el alto elogio que envuelve esta palabra. Este discurso es la primera voz que alza la generación nueva. El señor Lastarria es el primero, entre los jóvenes chilenos, que ha tocado, con sus ideas y sus estudios, las cuestiones que debieran ocupar el pensamiento nacional, y las ha tocado de un modo bello y claro».

Lastarria preguntaba en su discurso: ¿Pero cuál ha sido, cuál es en el día nuestra literatura? ¿Adónde hallaremos la expresión de nuestra sociedad, el espejo en que se refleje nuestra nacionalidad?». Y decía luego: «Muy reducido es el catálogo de nuestros escritores de mérito, muy poco hemos hecho todavía en las letras, me atrevo a deciros que apenas principiamos a cultivarlas». Lastarria tenía razón. Y aconsejaba: «Fundemos

nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio. Despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo; sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento; sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. Fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. La nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar al pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor, mientras sea más popular. Nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional».

¿Antes de 1842, quién se preocupaba de la originalidad en literatura, quién de la nacionalización de las letras? Lastarria con su discurso en la Sociedad Literaria, es el que inicia, funda y anima una nueva conciencia intelectual. Gracias a sus luchas y fracasos, se le debe el resurgimiento literario con un sello netamente nacional.

POLÉMICAS LITERARIAS

A propósito de la fundación de la Sociedad Literaria y del discurso de su director, desde el «Museo de ambas Américas», García del Río, recibió este acontecimiento con un estudio atinado, lleno de calurosos aplausos. García del Río, después de estudiar la importancia que tienen esta clase de sociedades en el desarrollo intelectual, comenta el discurso de Lastarria y aplaude el ataque que hace de las ideas atrasadas en que permanecía el ambiente literario de Chile, con todas sus preocupaciones coloniales que dominaban y dirigían la opinión de entonces. «Es, ciertamente, muy satisfactorio, decía García del Río, para todo el que se interesa en la dicha y en la gloria de América, encontrar países, registrar actos que rescaten tanta calamidad,

tanto desorden, tanto vilipendio como hemos presenciado en los treinta últimos años. Es lisonjero el patriotismo y aun el orgullo nacional de los hijos de Chile el aplicarse a la sombra de la paz, a mejorar su bienestar, adelantando los trabajos de la agricultura, dándose a la industria, a las artes, a las especulaciones mercantiles; puliendo las costumbres, propagando la instrucción, fomentando, o mejor dicho, creando el espíritu de asociación. Consuela el ver que la juventud chilena, persuadida de que sin luz intelectual no hay ni salud, ni urbanidad, ni gloria, ni prosperidad, ni civilización se lanza en busca de aquella luz para salvarnos de la tempestad política y guiarnos con seguridad al puerto del reposo y de la prosperidad. Es un acto laudable, patriótico, eminentemente meritorio, el de una asociación espontánea de jóvenes, que estimulados por tan nobles móviles, se congregan para ilustrarse e ilustrar con sus trabajos».

Don Domingo Faustino Sarmiento, desde las columnas de «El Mercurio», refutó con apasionamiento la opinión de García del Río. Después de transcribir el artículo del Museo, demostraba que son los pueblos los que forman las lenguas, y de que los escritores no deben ocuparse en formas antes que en ideas para tener una literatura que represente a la sociedad, exclamaba: «¡Mire Ud! En países, como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castigado y correcto, que puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa. Y cuando las naciones civilizadas desaten todos sus andamios para contruir otros nuevos, cuyas formas no se las revelan aún, ¡nosotros aquí, apegándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer de entre los escombros del despotismo político y religioso, y volviendo recién a la vida de los pueblos modernos, a la libertad y al progreso!» Y criticando a nuestros escritores, decía: «No hay espontaneidad, hay una cárcel guardada a la puerta por el inflexible culteranismo que da sin piedad de culatazos al infeliz

que no se presente en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de preocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez despierta, echad miradas observadoras sobre nuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje, que será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea incorrecto, agradará al lector, aunque rabie Gasilaso. No se parecerá a lo de nadie, pero bueno o malo será vuestro, nadie os lo disputará». Así Sarmiento acusaba a nuestros escritores de no tener poesía y daba como causa de la esterilidad literaria la mala dirección y tendencia de los estudios,

A los pocos días de haber publicado Sarmiento su artículo, Vicente Fidel López, escribía en la «Gaceta del Comercio», de Valparaíso, su comentario referente a la Sociedad Literaria y al discurso inaugural: «Esta es la primera vez que nos dedicamos a nuestra tarea de escribir para el público con una completa satisfacción, porque lo hacemos bajo la influencia de ideas netas, y sobre un asunto de importancia que parece destinado a ocupar seriamente la atención del país». Refiriéndose al discurso, dice: Este discurso es la primera voz que alza la generación nueva. Manifiesta está en este escrito la conciencia de que la juventud actual está llamada a un trabajo nuevo, a una tarea silenciosa, pero fecunda; sólida, aunque sin brillantez; al estudio, en fin, que es la senda pacífica y lenta que dirige a los pueblos. Las generaciones nuevas están en una perpetua peregrinación hacia el porvenir, porque están preñadas de él, caminan por una senda que de más en más se ensancha, y van desparramándose sucesivamente por ellas hombres, razas y pueblos nuevos. A los americanos nos ha llegado también la

ocasión de ocupar nuestro lugar en las filas de la civilización y el discurso del señor Lastarria lo prueba bien». De esta manera, López acogía el discurso de Lastarria y, a su vez, impulsaba a la juventud hacia el cultivo de la literatura.

Las apreciaciones que hizo la prensa respecto del discurso y de la Sociedad Literaria fueron variadas, las opiniones nacían de campos opuestos, tanto en literatura como en política. El redactor de «El Mercurio», decía: «Creemos llamado este discurso a iniciar un movimiento importante que sacudirá de sus pañales a la literatura nacional, y le imprimirá un impulso libre y progresivo».

Otra opinión: «Aquí es donde la juventud tiene que estrellarse contra un obstáculo fuerte, a saber: Las ideas, las costumbres y las tradiciones perjudiciales de la antigua educación».

He aquí otro juicio: «No creemos que pueda presentárenos como una objeción aquellas profundas y hermosas palabras con que el señor Lastarria repudia la alianza de nuestra naciente y futura literatura con la vieja literatura española. Pocas veces se ha escrito sobre esto en la América del Sur con más verdad y acierto».

La polémica, a raíz de la fundación de la Sociedad Literaria y del discurso inaugural, fué nutrida, ardiente y larga. Gracias a esto, se despierta la vida apagada y poltrona del ambiente en materias literarias y la pereza y la indiferencia por la vida intelectual cobra interés, iniciándose con este movimiento la historia de nuestras letras nacionales,

EL ROMANTICISMO

El primero que dió a conocer las teorías de la escuela romántica, pero sin exageraciones fué don Andrés Bello. En el año 1833, combatió, en sus críticas de teatro, las reglas de las tres unidades. Bello se mostraba, sin embargo, ecléctico en sus

apreciaciones literarias. No participaba de todas las innovaciones del romanticismo. Al respecto, decía: «Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma. Creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio completamente preparado; creo que hay un arte que guía la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que, sin ese arte, la fantasía en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas, y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación. Es preciso admitir que el poder creador del genio no está circunscrito a épocas o fases particulares de la humanidad; que es siempre posible la existencia de modelos nuevos; procederes que den al arte una fisonomía original, acomodándose a las circunstancias de cada época. Elección de materiales nuevos y libertad de formas, que no reconoce sujeción, sino a las leyes imprescriptibles de la inteligencia, y a los nobles instintos del corazón humano, es lo que constituye la poesía legítima de todos los siglos y países, y, por consiguiente, el *romanticismo*, que es la poesía de los tiempos modernos, emancipada de las reglas y las clasificaciones convencionales, y adaptada a la exigencias de nuestro siglo. Las reglas no son el fin del arte, sino los medios que emplea para obtenerlo. Si el poeta, llevándonos por senderos nuevos, mantiene en agradable movimiento la fantasía; si nos hace creer en la realidad de los prestigios que nos pone adelante, y nos transporta con dulce violencia a donde quiere, lejos de provocar la censura, privándonos del auxilio de las reglas ¿no tendrá más bien derecho a que se admire su feliz osadía?» Bello en su eclecticismo tomaba del clasicismo todo aquello que tuviera de permanente y necesario, dentro del lenguaje y, de la escuela romántica, la libertad para dar libre expresión al pensamiento; era su anhelo dar moldes más amplios y disciplina me-

nos rígida para la inspiración poética. Hay que reconocer en Bello la gran influencia que tuvo en el desenvolvimiento literario de Chile. El se aproximaba a los jóvenes y los alentaba, convivía con ellos. Daba modelos, estimulaba con el propio ejemplo, enseñaba elogiando. Como crítico comprendía que se debe ser generoso y benévolo.

La escuela romántica tuvo su apogeo en Chile con la venida de los emigrados argentinos. Estos trataron de imponer las nuevas tendencias, y las defendieron con apasionamiento. Los argentinos habían atacado el romanticismo anteriormente, en su patria, y reído de las nuevas tendencias, pero convencidos del valor de la nueva escuela, trataban de difundirla, pues correspondía al romanticismo al estado social de la época y su expresión estaba de acuerdo con las circunstancias y evolución de la literatura.

Vicente Fidel López con su artículo titulado «Clasicismo y romanticismo», publicado en la «Revista Valparaíso», renovó las discusiones por la prensa.

Salvador Sanfuentes, en el segundo número de «El Semanario», atacó las ideas sustentadas por López sobre romanticismo. Luego Sarmiento entró también en la discusión. Y excitado por las sátiras agresivas de Jotabeche que había publicado en «El Mercurio», se volvió irritado y violento contra los jóvenes literatos chilenos. Estos defendían en parte la escuela retrógrada y hacían de sus adversarios el blanco de las más procaces diatribas.

«Estos artículos, dice Orrego Luco, daban a las rivalidades literarias el colorido de rivalidades nacionales; romántico y argentino eran sinónimos, lo mismo que lo fueron romántico y extravagante, que clásico y autoritario, en el curso de esa viva controversia».

Lastarria historiando estos sucesos escribe: «Convertida la cuestión literaria en cuestión de nacionalidad, por creerse ofendido el honor chileno, con que los argentinos apoyaran la

reforma y que reprocharan como signo de atraso las ideas retrógradas que dominaban en el orden intelectual, surgió una aspiración: la de mostrar que en Chile había ingenio y que sus hombres de letras podían rivalizar con sus censores». Sin embargo, puede verse que, en esta época, había muy pocos que podían ostentar el nombre de escritores. Y los argentinos tenían razón al juzgar de pobre nuestra literatura.

Sarmiento publicó en un folletín de «El Progreso», con fecha 12 de diciembre de 1842, un artículo titulado «Album musical», y una palabra contra Larra hizo que Jotabeche se levantara en su defensa, pues éste era su escritor favorito.

El artículo de Sarmiento decía: «Hay tanto *pícaro envidioso* en este mundo, que no es de extrañar que Larra se hubiese puesto a vomitar pestes contra el Album. ¿Si supieran por qué? Porque una dueña casada y coloreta le hizo mal de su grado plantar unos elogios a su raquílica beldad en las páginas de un álbum. Y no ha faltado aquí quien imite al *suicida*».

Vallejo, que estaba reñido con Sarmiento por asuntos literarios, en la defensa que hizo a su maestro Larra, estampó en su artículo toda su ironía mordaz, toda la procacidad agresiva de su espíritu sobre Sarmiento. Decía: «¡Larra, español ilustre!, un atolondrado que escribe en mi patria y cuyas producciones y zamoraidas meten el mismo ruido que los cascabeles de un farsante en exhibición pública, ha hecho de tu último pensamiento una burla impía. Empero, sólo él ultraja en Chile tu memoria. Yo respeto el fin de tus días...».

A raíz del artículo de Vicente Fidel López sobre «Clasicismo y romanticismo», Vallejo, que no poseía una extensa preparación intelectual, pero sí dones literarios, publicó su «Carta de Jotabeche a un amigo de Santiago», donde atacaba el romanticismo, es decir, donde se burlaba de los argentinos. Esto trajo consigo la mala voluntad que había entre Vallejo y sus amigos, y desde luego la de los emigrados argentinos.

«No te canses, querido amigo, decía la «Carta de Jotabeche»,

no pierdas tu tiempo en resistir al romanticismo, al torrente de esta última moda, que es la más barata. Hazte romántico, hombre de Dios; resuélvete de una vez al sacrificio. Mira que no cuesta otra cosa que abrir la boca, echar tajos y reveses, hablar de independencia literaria, escribir para que el diablo te entienda. Prepárate a recibir este sacramento de penitencia, leyendo el artículo de la «Revista de Valparaíso» sobre romanticismo y clasicismo, y avísame si el castellano en que está escrito, es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado; porque ¡juro a Dios! que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces».

La polémica sobre el romanticismo terminó con beneficios para la publicación de «El Semanario», que era el órgano oficial de la Sociedad Literaria. Una vez terminadas las discusiones y tranquilizados los espíritus, esta revista literaria continuó dando en cada uno de sus números, firmas de escritores nuevos, probando que había poetas y prosistas en Chile. Esto trajo el orgullo del país, despertando el entusiasmo por las letras en los jóvenes que comenzaban su carrera literaria, y luego ocuparían puestos distinguidos dentro de la historia de nuestra literatura.

DIARIOS Y NOTAS FINALES

El progreso de Santiago se manifestaba con el desarrollo de la riqueza nacional. Sin embargo, en esta época las costumbres continuaban con su sello colonial. Santiago se iluminaba en la misma forma que veinte años atrás. El dueño de casa estaba obligado a encender un farol de vela de sebo que, de ordinario, duraba hasta las diez o las once de la noche. Después de esta hora, la ciudad quedaba completamente a oscuras. La ciudad hasta entonces no había sido favorecida por el progreso del país. En esta época, es digno de recordar, no había

aparecido en la capital ningún diario, sólo habían salido publicaciones periódicas de muy corta vida. En Valparaíso se habían fundado «El Mercurio», en 1827 y «La Gaceta del Comercio», en 1842. Santiago vino a tener su primer diario, «El Progreso», en 1842, que alcanzó a contar más de nueve años de vida.

Los periódicos de mayor interés literario aparecidos en Valparaíso fueron: La «Revista de Valparaíso», dirigida por Vicente Fidel López y el «Museo de ambas Américas», cuyo director fué el colombiano Juan García del Río, ambas publicaciones vieron la luz en 1842.

Lastarria, como presidente de la Sociedad Literaria, fundó el 14 de julio de 1842, el «Semanario de Santiago», periódico semanal, de carácter especialmente literario. El Semanario, que servía de órgano a la Sociedad Literaria, obtuvo desde el primer número gran popularidad. Su misión era propagar ideas nuevas en cuanto a tendencias literarias y políticas, y sobre todo para servirse de sus columnas y vindicar el nombre de la patria por los reproches que los emigrados argentinos habían lanzado a los jóvenes chilenos.

En el Semanario se inician los escritores nacionales, que luego han de aparecer en la historia literaria y política con brillante reputación. Salvador Sanfuentes da a conocer su leyenda «El campanario», que le dió gran prestigio. Después escribe las leyendas nacionales: «El bandido», leyenda nacional; «Inami» o la laguna de Ranco, leyenda indígena, «Ricardo y Lucía» o la destrucción de la Imperial, Teudo, o las memorias de un solitario; y los dramas «Una venganza» y «Cora» o la Virgen del sol. Sanfuentes tradujo varias obras del francés. Su actividad literaria hubo de compartirla con su labor de estadista. Sólo se recuerda al escritor.

Desde el Semanario, José Joaquín Vallejo comienza a distinguirse como notable escritor de costumbres. Es tal vez el primer humorista, el más ingenioso y mordaz polemista que haya producido el suelo chileno. Por sus críticas sociales y sus

artículos de costumbres, es el fundador de nuestra literatura criolla. El seudónimo de Vallejo (Jotabeche) ha sido uno de los más populares en el país. Se le ha llamado a Jotabeche, por la índole de sus artículos, el Larra chileno.

Colaboraron, además, en el Semanario Hermógenes de Iriarri, que cultivó con facilidad el soneto y el romance, pero se distinguió más como traductor e imitador de poesías europeas. Jacinto Chacón, que no alcanzó a dejar huella dentro de la poesía, a la que dedicó gran parte de su vida; más recuerdo ha dejado como político o periodista. Sin embargo, en su época, logró fervientes aplausos por su romántica entonación lírica. Eusebio Lillo, poseedor de una cultura esmerada, adquiere en esa época fama en toda América. Ha sido llamado el ruiseñor de la poesía chilena, por la delicadeza de sus poesías y por la flexibilidad de su verso. Es autor de numerosos dramas y leyendas. Fué, en nuestra administración, Alcalde, Intendente, Ministro del Interior y diplomático. A él se le debe nuestra «Canción Nacional».

Numerosos nombres, hoy conocidos, se formaron dentro de esta generación de 1842. Sería para muchas páginas hablar de cada uno de ellos.

En el teatro, Carlos Bello obtuvo un resonante éxito por su drama «Los amores del poeta». Este drama ocasionó nuevas polémicas entre argentinos y chilenos. Lastarria publicó un ensayo teatral: «¿Cuál de los dos?», que nada agregó a su actuación de literato. Se representaron y publicaron otros dramas, pero que no mencionaremos.

La Sociedad Literaria abrió un certamen, donde aparecieron firmas nuevas, como la de Santiago Lindsay, Ramón Francisco Ovalle y Juan Bello. Estos obtuvieron como recompensa los primeros premios por sus composiciones poéticas.

En 1843 aparece «El Crepúsculo», publicación que continuaba la labor desarrollada por el Semanario, que había dejado de publicarse. Francisco Bilbao da a luz entonces en «El Cre-

púsculo» su famoso artículo «Sociabilidad chilena», removiendo los cimientos del espíritu feudal y las preocupaciones retardatorias de la época. Su célebre publicación ocasionó la suspensión de «El Crepúsculo», pero es él el que descubre los elementos democráticos de nuestro pueblo. Bilbao fué el innovador y propagandista más perseverante que haya tenido el espíritu liberal y que puede compararse con las tendencias del socialismo actual. Fué perseguido y desterrado. Hoy aparecē como un apóstol de las ideas libertarias.

Don Domingo Melfi, en su interesante libro *Dos hombres*, al tratar sobre la generación de Lastarria escribe, recordando los hombres que pertenecieron al movimiento intelectual de 1842: «Fueron hombres de una sola pieza, íntegros y viriles... Unos sentían vacilar sus entusiasmos y los otros advertían que la sociedad pesaba con excesos sobre el espíritu de los componentes. De entre ellos mismos surgían los adversarios. Todos juntos, en suma, se encaminaban batiéndose a cara descubierta, bien por el orden dentro de la ley, como Varas y Montt, o bien contra ese orden parcial y severo, que amenazaba con imponer la autoridad sobre las exaltaciones de la individualidad, como Bilbao, Lastarria o Recabarren. Pero románticos hasta en el dolor, se entregaron en la tarea de redactar cada cual, unos en versos y otros en prosa, las páginas que más tarde debían señalarlos como hombres entregados por entero al culto de su tierra».

Esta es la generación más brillante de nuestra historia. Escritores y políticos, con sus luchas, polémicas y arengas, con sus destierros y aislamientos, infundieron con solidez la base de nuestra cultura, dando con amor sus energías por la evolución social y literaria de su suelo.